

de mi Padre; y Yo le amaré y Me le manifestaré a Mí mismo» (6). Sin embargo ¿qué decir de las nuevas facilidades ofrecidas a los que se comprometen a observar, además, los consejos evangélicos? De ellos está escrito: «Recibirán el céntuplo en esta vida; y poseerán después la vida eterna» (7). Santo Tomás enseña que la perfección consiste *esencialmente en los preceptos*, y sólo secundaria e instrumentalmente en los consejos, en cuanto facilitan la práctica y ejercicio del amor (8).

Basando la doctrina en la Sagrada Escritura y en la tradición, el Patriarca San Benito abre a sus hijos las puertas de la vida espiritual, al mismo tiempo que les señala el punto culminante de la misma, cuando escribe en su regla: «Mis palabras se dirigen ahora a ti, cualquiera que seas, que renunciando a tus propios deseos y voluntades para militar bajo la bandera del verdadero Rey, Jesucristo, tomas en tus manos las fortísimas y esclarecidas armas de la obediencia» (9). Y un poco después añade: «Según se adelanta en la vida religiosa, la fe también se acrecienta, y se dilata el corazón; y después se corre por el camino de los mandamientos con la inefable dulzura que en el alma destila el amor divino» (10).

Este progreso del alma en la santidad de vida y en la fe, que la hace correr con tan dulce alegría por el camino de los divinos mandamientos, nos indica y pone de manifiesto la perfección de la vida espiritual, en que el amor todo lo aligera. El santo Patriarca no hace distinción entre sus hijos; según él, el camino está abierto para todos; lo que importa es correr para alcanzar el premio. Aspirar al más alto grado de la condición normal para el cristiano y sobre todo para el religioso. Hay que procurar evitar que la falta de generosidad y el descuido en vencerse, lleguen a ser un obstáculo para la realización de este programa divino.

Interesará al lector conocer cuál era, sobre este particular, el pensamiento del insigne abad

benedictino D. Guéranger. Hablado acerca de la *perfección*, dice: «Dios, revelándose al hombre por medio de la *fe*, excitando su *esperanza* de unirse eternamente con el Soberano Bien, y ordenándole *amar* a su Criador y Redentor, indudablemente se propone un fin, que se refiere desde luego a la condición del hombre en la presente vida. El fin que se propuso no es otro sino que aspire a la *perfección*».

«La perfección constituye la más íntima y estrecha relación de que es capaz la criatura con respecto a su Creador. Es el resultado de la conformidad de la criatura con la santidad de Dios por el apartamiento del pecado y la práctica de las virtudes, de las cuales la caridad es la más aventajada y la que deja sentir su influencia sobre las demás.

«De aquí se sigue que tiene el cristianismo verdadera obligación de desear la perfección y de ejercitarse en ella, aprovechando las gracias que le han sido concedidas. De lo contrario, preciso sería admitir, o que a Dios poco le importa ver realizado por su criatura el plan que El concibió, o que la criatura tiene el derecho de rehusarle el cumplimiento del designio por el cual El la sacó de la nada y la rescató del infierno. Admitir esto, sería lo más absurdo y odioso que concebirse puede. Y para que el cristiano no se forje ilusiones acerca del precepto de la perfección que incluye todos los demás, dijo Nuestro Señor: «Sed vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (11); dándonos a entender con estas palabras el modelo según el cual debemos ordenar no sólo nuestras acciones, sino también nuestros pensamientos y deseos» (12).

No hay, por consiguiente, dos Cristianismos, como lo daban a entender los antiguos gnósticos, ni dos castas de almas, ni tampoco dos estados sobrenaturales, a los cuales el hombre puede ser sucesivamente llamado en virtud de dos predestinaciones distintas. Que el hombre sea fiel, y Dios no le faltará. De ello nos dan infalible seguridad las Sagradas Escrituras, al decimos: